

# El viejo y la Ciénaga

*\*Una semblanza de Tarquinio Cervantes, viejo pescador de la Ciénaga de Mallorquín, la cual aparece en su más crudo deterioro en medio de la lucha de un hombre por la supervivencia. Una nota cruzada de tristeza y esperanza, hasta el final.*

✓ TEXTO Y FOTOS:  
**VANESSA SALDARRIAGA\***

Tarquinio Cervantes captura con su red peces de aguas sucias. A veces también arrastra lodo y sedimento. Su paciencia lo reanima ante la realidad de esta Ciénaga de Mallorquín, donde la práctica del chinchorro, el trasmallo y la contaminación orgánica ha reducido el número de sus presas en potencia. Quizás, por eso, en más de dos horas solo se han enredado en su atarraya 15 lisas y dos chivos.

“Hay momentos que uno tira y no sale nada”, dice el anciano pescador desde la esquina de su canoa. Mientras tanto, una pe-

queña fisura en la embarcación permite la entrada de líquidos que se van acumulando en un charco.

Este cuerpo acuático, que tiene poco o más de un metro de profundidad, es la oficina en la que él ha trabajado por más de 20 años. Aquí consiguió ‘buenas quincenas’; pero, también, malos días en los que no recogió ni para comprar el detergente con el que debía limpiar su bote. “O se lavaba o el verdín lo dañaba”, dice él. Para su fortuna, en otras ocasiones la resistencia le dio recompensas de hasta 80 manos de pescado en un solo día.

Ahora lo que captura no lo vende, sino que lo reparte entre sus

hijos, nietos y demás familiares. Como sabe lo poco que puede esperar de este impuro cenagal, él prefiere salir desde las tres de la mañana de su casa para comprar en el centro de Barranquilla los animales que en otros tiempos pudo capturar. Luego camina con estos cadáveres a cuestas por las calles del corregimiento La Playa, inflando una vena de su cuello en medio de gritos: “pescadoooo, pescadoooo frescoooo”. Pero hoy, resolvió regresar tras dos meses de voluntario abandono.

El silencio prudente del anciano solo se ve interrumpido cuando él surca con su paleta de mangle amarillo. Aunque, allá, a lo lejos, a veces se escucha la voz

*\* Vanessa Saldarriaga nació en Barranquilla y es bachiller del colegio Nuestra Señora del Carmen. Actualmente cursa noveno semestre de Comunicación Social-Periodismo en la Universidad Autónoma del Caribe. Se desempeña como periodista del diario El Heraldo. Recientemente ganó el concurso de crónicas cortas organizado por el diario ADN. Aquí publicamos la versión completa.*

*El viejo Tarquinio realiza sus mejores esfuerzos para lograr una pesca digna.*



del Joe Arroyo y de Antonio Aguilar, quienes siguen sonando a las 6 y media de la mañana de un domingo fresco en una pequeña caseta azul ubicada en la orilla.

Una diluida neblina apacigua los 34 grados de temperatura que hay en tierra. Una vez adentrados en la ciénaga, la sensación térmica disminuye hasta unos 26 grados, por lo que la camisa del pescador solo está húmeda por cuenta del líquido que le han dejado sus abrazos con la red.

A sus 74 años, Tarquinio es tan amigo de la discreción y el sigilo como del mar. Incluso, cuando está fuera de su rol, simplemente sentado en la terraza de uno de sus hijos limpiando la atarraya, sus respuestas más largas suelen tener 10 palabras y las más breves, una sonrisa. Sin embargo, hay anécdotas que pueden variar su promedio de extensión cuando habla.

-¿Alguna vez lo han espantado aquí? —le interrogué con el áni-

mo de conocer las leyendas de ultratumba que podían rodear este lugar.

-¡Uy! dos veces se me aparecieron las ánimas. Yo no sabía nada de eso. Fue en un sector cercano a Las Flores. Estaba con mi suegro cuando vi unas lucecitas. Venían con un cajoncito, lo traían en el aire y se veían bultos vestidos de blanco que llevaban unas velas, por lo que iban dejando cera sobre el agua.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Era extraño oírle hablar más de lo usual, pero también lo era pensar que en este mismo lugar, alguna vez, se vio algo diferente a peces, agua y mangle. El hombre retoma su relato y señala con su mano derecha el lugar donde le sucedió aquello.

-Eso fue en un rincón que está por allá, ellas venían sobre el

“ *Con tantos años en la misma actividad, su piel está invadida de manchas, especialmente en los brazos y en la cara, pero solo un viejo sombrero protege una parte de su rostro del cegador reflejo solar. Entretanto, sus sentidos se concentran en detectar lo que necesita* ”

agua. En ese sitio hay muchas piedras y todo el que pasa por ahí dice que siente miedo y que le da frío.

### INTENTANDO GANAR Y NO PERDER

A la edad de 8 años, Tarquinio realizó su primera pesca en compañía de su padre, cuando vivía en su natal pueblo Nueva Venecia, 'El Morro', (Magdalena). "Me llevaba desde chiquito en el bote de él y con mi comida para el viaje".

Desde entonces, no se ha des-  
empeñado en un oficio diferente al que aprendió de aquel noble hombre que le transmitió las técnicas que debían ejecutarse para acertar en la pesca. Pese a que él realizó lo mismo con sus 11 hijos, solo uno de ellos continuó practicando lo que por tradición familiar le enseñó Tarquinio.

Con tantos años en la misma actividad, su piel está invadida de manchas, especialmente en los brazos y en la cara, pero solo un viejo sombrero protege una parte de su rostro del cegador reflejo solar. Entretanto, sus sentidos se concentran en detectar lo que necesita. Cualquier sonido podría indicar la ubicación de un numeroso banco de peces.

"Para pescar hay que ser vivo e inteligente", dice el hombre al tiempo que lanza con fuerza la red en el agua. Sin embargo, la decepción aparece cuando ve solo cinco ejemplares atrapados. Por esta vez, la astucia no fue su aliado.

La tonalidad verdosa del afluente se combina con un inusual olor, similar al de la cabeza de un fósforo, solo que más intenso. En 6,5 kilómetros cuadrados, que es el aproximado de extensión de

la ciénaga, no hay espacio en el que no se sienta el fuerte hedor. Una tímida sonrisa aparece producto de los pocos dientes que le quedan. No se quiere rendir, pero parece que la naturaleza no ha favorecido su suerte de pescador. Trabaja solo. Esta vez prefirió salir sin acompañante y es posible que ahora, mientras un suspiro rompe su silencio tras ver solo un pez en la malla, piense como el personaje inmortalizado por Hemingway en El viejo y el mar: lo mejor era haber traído a un joven de largo aguante. No obstante, la hazaña de este momento es más un tema de honor que de búsqueda para sobrevivir.

Para él, esta es una ciénaga sucia y 'vendida'. Ya no espera peces sino una platica que recibirá, junto a otros pescadores, como indemnización por parte de la empresa que instalará un puerto de carbón en la zona. Por lo vis-



*El rostro cuarteado y la piel salitrosa del viejo pescador representan las huellas de una labor incansable, llena de aventuras.*

to, la necesidad no solo les pone precio a sus pescados. “Aquí antes uno era feliz pescando, pero ya no”. A razón de la poca actividad pesquera que realiza en la actualidad, la canoa que le regalaron hace siete años sus hijos y que ha sido compañera de interminables jornadas, ahora la alquila por tres mil pesos el día a turistas o pescadores.

### LA ESTRATEGIA DEL PESCADOR

Nuevamente enrolla la red en uno de sus brazos. Aprieta con sus dientes una de las tantas puntas del tejido, sujeta con la mano libre lo que queda suelto de la atarraya y gira su torso sobre su izquierda; luego, inclina levemente sus rodillas y arroja con fuerza el instrumento que por más de 60 años le ha ayudado a alimentar a su numerosa familia.

Como si una liviana piedra cayera al agua, así suenan las piezas de plomo de la atarraya cuando tocan la superficie de la ciénaga.

“

*Nuevamente enrolla la red en uno de sus brazos. Aprieta con sus dientes una de las tantas puntas del tejido, sujeta con la mano libre lo que queda suelto de la atarraya y gira su torso sobre su izquierda; luego, inclina levemente sus rodillas y arroja con fuerza el instrumento que por más de 60 años le ha ayudado a alimentar a su numerosa familia*

”



*La Ciénaga de Mallorquín es el escenario de vida del viejo Tarquinio, un hombre cuyos pasos transcurren en medio de una batalla sin cuartel.*

ga. Es el intento número quince. De pronto, cambia la posición de sus pies y arrastra con pesadez la malla. La sorpresa no podía ser mayor: tras cuatro horas de trabajo en vano, atrapó 48 peces

en un solo intento. Lanza una vez más y consigue otros 19, por lo visto la inteligencia del pescador se basa en su entereza.

Este experimentado hombre no celebró con gritos ni euforias, simplemente mostró una sonrisa discreta cargada de satisfacción. Al tiempo que retiraba uno por uno los peces de la atarraya, los iba arrojando a un balde que estaba lleno de agua, con el objetivo de conservarlos y regalarlos lo más fresco posible.

-¿No es tóxico comer esos pescados, don Tarquinio? -pregunto finalmente.

-No te preocupes, que como esto es de agua salada, el parásito del animal muere rápido -asegura el hombre, mientras extrae las vísceras de sus presas y las arroja a las lodazales aguas de esta ciénaga. ■